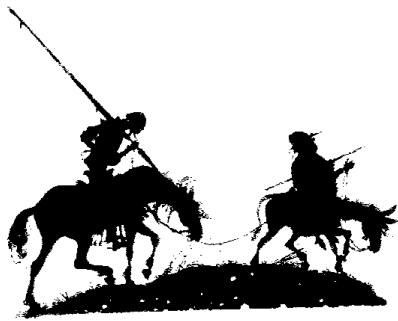


**LA VERDADERA MUERTE DE
DON QUIJOTE**



Andaba y desandaba el hidalgo el corredor de la casa, convaleciente de las fiebres que durante seis días le habían postrado en los fríos umbrales de la muerte, cuando en la calle sonó el estruendo de un carruaje. Ladró el galgo, relinchó Rocinante en el corral y, un instante después, asomóse al patio el ama, y dijo con mucho azoramiento:

—Señor, ha llegado un caballero de traza morisca. Dice que es un asesor de imagen.

—¿Asesor? ¿Así se llaman ahora? Encantador, que-rrás decir.

En estas, apareció en el patio un morisco ataviado a la usanza de los jeques de Orán. Vio al demacrado hidalgo en el corredor y lo saludó con zalamería y buen humor.

—El Caballero de los Leones, supongo.

—Ex. Señor mío —respondió don Alonso Quijano—, déjese de embustes. Ha dos días que recobré el juicio, confesé mis pecados, abominé de las caballerías, hice testamento y aguardo a la Parca en la paz de Dios. A otro gato con ese cascabel.

—Soy Cide Hamete Benengeli, de *Benengeli Publishig Associated*. Vengo de Madrid y traigo desastrosas noticias de *Avellaneda Consulting*. ¿Puede recibirme?

—Falte pan, pero no hidalguía —contestó el ex caballero andante—. Subid, señor encantador de imágenes.

Aleteaban sobre el alero los chillones vencejos, buscando cobijo en el vasto anochecer de la Mancha. El asesor subió a la galería y aceptó la mecedora, mientras don Alonso acomodó sus huesudas y zurradas posaderas en una jamuga, sobre un rosco almohadillado. Durante los heroicos días en que había cabalgado sobre el fiel Rocinante por los infinitos caminos de Castilla, Aragón y Cataluña, no había sentido el alboroto de las almorranas, pero fue regresar a casa y notar su feroz y espinosa acometida.

—Señor don Quijote —dijo el asesor Cide Hamete Benengeli.

—Don Quijote ha muerto —cortó en seco don Alonso—. En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño, señor encantador.

—Sea, señor Quijano. Vengo a proponerle un contrato de imagen. En exclusiva.

Parpadeó atónito el hidalgo, sin entender a aquel malandrín traficante en imágenes, pero antes de proseguir llamó al ama, que aún seguía de pasmarote en el patio, y le pidió un refrigerio.

—Señor hidalgo —dijo el huésped morisco, vuesa merced conoce el falso libro de *Avellaneda Consulting* que plagió la verdadera historia escrita por don Miguel de

Cervantes. Un *bestseller*. Hasta el príncipe Felipe lo compró en la feria de libros de los Jardines del Retiro.

—En estos tiempos se tiene por oro todo lo que reluce —exclamó melancólico el hidalgo.

—Pero hay más, señor Quijano. *Avellaneda Consulting* ha filmado el *spot* de un coche llamado “Rocinante”, con un don Quijote que saca la cabeza por la ventanilla y dice que su jaco tiene ABS, *airbag*, tracción a las cuatro patas y 170 babcas de potencia.

—¡Dios! —exclamó don Alonso—. ¿Tal hacen?

—Y están rodando una película porno protagonizada por Maritornes, aquella moza de la venta de Palomeque.

Mudo y atónito quedó el hidalgo de ver las artes que empleaban los encantadores.

En esto subió al corredor la sobrina con unas cazuelitas de torreznos, cecina y olivas, una jarrica de vino de Valdepeñas y un par de copas sobre una bandeja.

—Mi sobrina Antonia —dijo el hidalgo.

Inclinóse la moza para dejar las viandas sobre una mesita baja y al hacerlo dejó ver como dos membrillos tan sueltos y vivos que parecían querer saltar las bardas del escote y echarse a volar.

—¿Manda algo más, tío? —dijo mirando de soslayo al gallardo morisco.

—Nada, sobrina. Retírate.

Cide Hamete la persiguió con ojos de embeleso hasta la escalera y, reponiéndose del sofoco, tomó una oliva, sorbió un trago y continuó su cuento.

—Señor Quijano. Se prepara un programa de televi-

sión en el que un caballero andante, replica justísima de vos, concierta doncellas y mancebos desavenidos, socorre a viudas y consuela a doncellas que lo que necesitan es amor. Un *reality show*, llaman a esa clase de programas. Se va a titular “Quijotadas” y sortean una estancia de una semana en una venta de cinco estrellas y un viaje a la ínsula Barataria.

—¡Válgame Dios! ¡Quijotadas! —dijo sonriente el hidalgo. Pero, ¿acaso no era tarea de andantes caballeros remediar los males de este mundo? Si Tirant lo Blanc levantara la cabeza, acometería al cartel de Bogotá haciéndose pasar por agente 007.

—He venido a firmar un contrato para preservar los derechos de imagen de don Quijote. ¿O quiere que su figura ande impresa en etiquetas de queso, *pins* de solapa, camisetas del Albacete Balompié y rollos de papel higiénico?

—Mis cosas me las lleva don Miguel de Cervantes.

—Lo sé. Pero Cervantes es incapaz de hacer valer sus derechos de autor. Y así le va.

Contemplaba el hidalgo el horizonte por donde se desangraba el día fugitivo, en tanto Cide Hamete exponía un torrente de aventuras comerciales, *lobbys* que crear, sociedades que fundar y *merchandising* de productos quijotescos que vender. En pleno delirio, decía que el ama anunciaría el suavizante Mimosín, el galgo pienso para perros, la sobrina Nivea *body milk*, y maese Nicolás, el barbero, una colonia *for men* llamada *Eau de Fierabrás*.

—Todo cambia —añadió el asesor morisco—. Ahí tiene al bachiller Sansón Carrasco, metido a sindicalista para reformar a los reformadores de la nueva y lúdica pedagogía. ¿Y el cura? Socio de Green Peace.

—Lo sé —dijo pesaroso el hidalgo—. Y sé que aquella dichosa edad de oro fue un sueño. Ya está duro el alcacel para zampoñas. Son tiempos *pospós*: posutópicos, posmodernos y poscaballerescos. Y si me apura, poshumanistas.

—Razón de más para velar por la imagen de don Quijote, honra y prez de...

—Don Quijote murió —cortó don Alonso.

Habían callado los vencejos, cubrió el patio la tiniebla, vino el ama con un candil y el hidalgo empezó a sentir en los huesos, que no en las carnes, pues era sólo piel y esqueleto, el relente de la noche manchega.

Rompió el silencio el asesor.

—Sabrosa la cecina. ¿Es de vaca de León? Así fuera cecina de cerdo no le hiciera ascos —dijo Cide Hamete—. Espero que no se disguste: Sancho Panza ha firmado con nosotros y no con Avellaneda Consulting. Y sus buenos dineros se embolsa.

—Dádivas quebrantan peñas —replicó burlón el hidalgo—. Ninguna ley prohíbe a los escuderos llenar las alforjas. ¿Y qué anunciará?

—*Pizzas. Pizzas Panza.*

—¡Sancho Pizza! —rió el hidalgo al imaginarse a su ex escudero anunciando esas tortas de cebolla, hamburguesas y demás infames viandas de las modernas ventas americanas.

—Pero don Quijote sólo anunciaría cosas dignas de su...

—Señor asesor —respondió don Alonso elevando la voz—. Fui don Quijote y ahora sólo soy Alonso Quijano. Fui loco y ahora estoy cuerdo. Sé quién fui y sé quién soy. Y alzándose con rudos estiramientos por efecto de un doloroso retortijón almorranil, dio por acabada la audiencia. Levantóse a su vez Cide Hamete y, como despedida, pareció decir para sí mismo:

—Lo suponía. Suponía que don Quijote nunca vendería su imagen. —Y alzando la voz, añadió: —Señor Alonso Quijano, el buen paño ya no se vende en el arca. Soplan tiempos ruines.

—Yo ya estoy con un pie en el estribo...

—Dineros son calidad, que dice el bilioso Quevedo. Lope de Vega es guionista de *Crónicas Marcianas*. Y pronto veréis a la sin par Dulcinea pregonando bañeras de Porcelanosa, bragas Wonderbra y compresas con alas.

Oír tales blasfemias de Dulcinea y quedarse el hidalgo pálido y descompuesto, fue todo uno, hasta que súbitamente la sangre se le descuajó, el rostro se le encendió de cólera y muy encalabrinado voceó a los cuatro vientos:

—¡Oh hideputa y follón! Tened esa sucia boca que mancha la imagen de mi dulce Dulcinea! ¿Dónde está mi espada?

Y agarrando una regadera que estaba a mano la blandió en alto como si fuese tizona y tiró unas acometidas contra Cide Hamete, el cual, para esquivarlas, reculó hacia la escalera.

—¡Non fuyáis de don Quijote! —dijo el furioso ex caballero andante abalanzándose tras el asesor y soltando recios mandobles de regadera. Más como en esto diera un traspiés, rodó de tumbo en tumbo siete escalones, al cabo de los cuales quedó espatarrado y sin sentido.

Al estruendo y las voces ladró el galgo, gritó el ama, chilló la sobrina y acudieron todos a donde Cide Hamete intentaba levantar aquel cuerpo que parecía difunto y de cuya boca manaba un hilillo de sangre. Con cuidado de no descoyuntarlo, entre el ama, la sobrina y el asesor Cide Hamete alzaron el cuerpo liviano del hidalgo y lo llevaron al aposento, donde lo tendieron en el lecho cuan largo era. La sobrina trajo el roscó para colocarlo en el sitio conveniente y el ama amortajó con paños húmedos las sienes del desmayado ex Caballero de los Leones.

Poco después don Alonso abrió los ojos de par en par, extendió los brazos como para dar un abrazo muy deseado y, con voz clara y amorosa, exclamó:

—¡Oh mi dulce Dulcinea!, flor de mis sueños, la más hermosa Miss Universo que en el mundo ha sido. Yo soy tu don Quijote y Quijote moriré.

Y dando un largo suspiro, entornó los ojos, desmayó los brazos y reposó a un lado la cabeza. Parecía dormir y el ama mandó a todos dejarlo solo.

—Está tan loco de amor como siempre —comentó Cide Hamete—. Y enamorado morirá.

Poco después de las diez, el ama entró en el aposento de su señor con un caldo de palomino y el salpicón de todas las noches. Creyéndolo dormido, avanzó con sigilo

por no despertarlo, pero al acercarse advirtió en el semblante del hidalgo las huellas solitarias de la muerte. La mujer rompió en llanto ruidoso y salió del aposento para pregonar desde el corredor la muerte de don Alonso Quijano.

En el alto cielo de la Mancha parpadeaban las estrellas y, ovillado al pie del lecho, gañía sin consuelo el galgo corredor.